

## ¿MEDICIÓN Y CONCEPTUALIZACIÓN? LA PROPUESTA NEOOPERACIONALISTA CONTEMPORÁNEA EN LAS CIENCIAS SOCIALES

*Fernando Durán*

Universidad de Chile

**RE** Al iniciarse la segunda mitad del siglo veinte, uno de los temas de debate metodológico que se planteaba con más vigor en las Ciencias Sociales era el propuesto por Robert Merton respecto a las relaciones entre la teoría y la investigación empírica en este campo del saber (Merton, 1949).

Decir “debate metodológico” es hacer referencia a un orden de problemas de la investigación social que se ubica en un nivel intermedio entre los fundamentos filosóficos del quehacer investigador, por una parte, y las cuestiones concernientes a las técnicas e instrumentos específicos de indagación, por otra. Se diferencian así tres órdenes de problemas de la investigación social que podrían ser designados respectivamente como epistemológicos, metodológicos y tecnológicos. Niveles por cierto conectados, como se ilustrará en estas páginas, lo que significa que el debate en uno de esos planos afecta a los otros.

El tema propuesto por Merton, mantuvo preocupados por tres décadas a los científicos sociales empiristas, quienes reconocieron en forma unánime su significación. Durante ese periodo, los científicos sociales debieron soportar estoicamente las críticas por la pobreza teórica de sus estudios empíricos, sin que fuesen capaces de desarrollar una capacidad efectiva para acoger el desafío mertoniano. Algo parecía estar fallando en las modalidades de la investigación social empírica, pues no se percibían avances sustantivos para establecer una relación productiva entre teoría e investigación. Hay, es cierto, algunos esfuerzos destacables en esos años para encontrar una fórmula aplicable a la solución de ese problema (véase, por ejemplo, Sewell, 1956), pero ellos constituyeron la excepción y no la regla.

Por esa razón, es comprensible que, al exponer Hubert Blalock en 1979 su mensaje presidencial anual ante la American Sociological Association, un suspiro de alivio recorriera a quienes, desde la orilla metodológica del debate, sufrían el problema aludido. He aquí que una de las grandes figuras de la metodología empírica y cuantitativa en las Ciencias Sociales, les informaba que la falta de esa relación

productiva entre teoría e investigación empírica no se debía a fallas del sistema metodológico y tecnológico de las Ciencias Sociales —pues no había nada de malo en él—, sino que era provocada por insuficiencias de la propia teoría. En otras palabras, era la teoría elaborada en Ciencias Sociales la que no calificaba para esa interacción, porque no estaba construida con rigor metodológico. Maravilla de las maravillas: no era necesario que la metodología de las Ciencias Sociales revisara sus planteamientos, sino por el contrario, que se les extendiera a la construcción de teorías para que se entrara en camino de soluciones al problema mertoniano.

El mensaje de Blalock se titulaba “Problemas de medición y conceptualización: el principal obstáculo para integrar teoría e investigación” (Blalock, 1979). Su eje central era buscar una firme conexión entre los indicadores empíricos y las nociones teóricas a las cuales éstos se refieren, empleando para ello una estrategia de medición que explicitara completamente los supuestos involucrados en esa medición, y una estrategia de conceptualización en que los supuestos de las nociones teóricas fuesen aclarados y especificados, lo que haría posible establecer esa ligazón con los indicadores.

El planteamiento era atractivo, porque hacía un llamado a la preocupación por el trabajo teórico, sin abandonar los estilos prevalecientes en el ámbito metodológico de las Ciencias Sociales, y proponía cursos concretos de acción que podían aplicarse. Constituía al parecer una ruptura definitiva con el énfasis operacionalista que generalmente se asociaba al empirismo y a las posiciones metodológicas cuantitativistas, operacionalismo que resultaba inmanejable por su carácter completamente ateórico.

Recuérdese que en el operacionalismo la teorización se esfumaba al hacer idénticas las definiciones a las operaciones de medición, de manera que cada concepto se definía directamente por sus indicadores, sin dejar lugar a la reflexión sobre la naturaleza y componentes de la noción teórica que se quería definir. Podía cerrarse así un ciclo operacionalista en las Ciencias Sociales que influyó considerablemente sobre la investigación social desde los años treinta, es decir, desde que fue conocida la obra de Bridgman (Bridgman, 1927).

Ahora, en cambio, gracias a Blalock noción teórica e indicador aparecían claramente como entes diferenciados y respetables cada uno en su propia dignidad, pero enlazables mediante la especificación de supuestos simplificadorios.

En cierto sentido, podría decirse que la metodología de las Ciencias Sociales se ponía a tono con una posición epistemológica más actual. Las rígidas posturas iniciales del “positivismo-lógico” respecto a la univocidad de los referentes empíricos del lenguaje teórico, habían sido desplazadas por el desarrollo de una nueva corriente neopositivista, que más tarde vino a ser conocida como “la concepción heredada” (véase, Echeverría, 1989). Rudolf Carnap, originalmente conocido como uno de los fundadores del movimiento de Viena, señalaba ahora que hay varias reglas de

correspondencia para asignar contenido empírico a un término teórico, y que cada una de esas reglas sólo lo define parcialmente (Carnap, 1956). Ernest Nagel, por su parte, colocaba las reglas de correspondencia en el centro de la idea misma de teoría científica (véase, Nagel, 1961, esp. p. 80 y pp. 95-97). Esto quiere decir que, al comenzar la década de los sesenta, la discusión epistemológica en las Ciencias Sociales veía el tema de la relación entre nociones teóricas e indicadores empíricos a través del prisma flexible de la idea de reglas de correspondencia múltiples, pues Carnap era bien conocido por los científicos sociales a través de su participación en la Enciclopedia de la Ciencia Unificada, y Nagel tuvo estrecho contacto con Merton y sus asociados en la Universidad de Columbia.

Desde otro punto de vista, Blalock también recogía en su propuesta una labor ya realizada por predecesores muy destacados en cuanto al nivel tecnológico de la investigación social. En efecto, en el plano de las técnicas y de los instrumentos de medición, existía al comenzar los años sesenta una reflexión acumulada sobre los problemas de calidad de la medición y, más específicamente, sobre la validez de esos instrumentos. Algunos hitos fundacionales de ese trabajo pueden mencionarse. Louis Guttman diferenció en 1950 entre validez interna y externa, refiriéndose la primera al hecho que un indicador empírico tuviese el mismo contenido que la definición teórica respectiva (véase, Guttman, 1950, esp. pp. 57-58). Es la misma idea que luego Samuel Stouffer acuñaría en clásica fórmula al señalar que la validez de un instrumento de medición es el grado en que ese instrumento mide efectivamente lo que pretende medir (véase, Stouffer, 1962, esp. p. 265). Hans Zetterberg, en 1954, comparaba gráficamente las definiciones teóricas y empíricas explorando posibles problemas de validez, es decir, desajustes típicos entre ambas (véase, Zetterberg, 1954). Por último, Paul Lazarsfeld formulaba en 1958 su influyente análisis sobre cómo establecer indicadores empíricos válidos para los constructos teóricos, en el cual señalaba la conveniencia de utilizar indicadores múltiples para un mismo constructo teórico, y reconocía además que una noción teórica podía encontrar, en diferentes contextos, indicadores relevantes distintos (véase, Lazarsfeld, 1958). De ahí en adelante, la reflexión se abocó a mejorar los procedimientos técnicos (principalmente estadísticos) de estimación de la validez de los instrumentos de medición.

El problema que interesa a Blalock se sitúa entre esas líneas de análisis epistemológico y tecnológico, aunque se relaciona con ambas. ¿Como las propiedades o características teóricamente significativas en un estudio pueden reflejarse adecuadamente en indicadores empíricos? A su juicio, este es el planteamiento correcto de un punto de partida para relacionar teoría social e investigación empírica.

Como ya se dijo, su receta es explicitar los supuestos simplificadorios que la investigación requiere. Concretamente, Blalock está aludiendo a la formulación de un conjunto de supuestos explícitos acerca de cuáles son las dimensiones constitutivas

de las variables que serán medidas, de cuáles son las variables no medidas, de cómo estas últimas operan y de cómo se relacionan con las variables medidas, de los modelos de medición empleados y de lo que ellos implican para la operación de medir.

Este conjunto de supuestos simplificadorios constituye lo que Blalock denomina en otros escritos, complementarios al anterior, “una teoría auxiliar de la medición” (véase, Blalock, 1982, esp. pp. 25-27), que en sentido estricto no es una teoría propiamente tal, sino la herramienta básica de enlace entre la teorización y la medición.

Resulta evidente que el cumplimiento del objetivo de Blalock pasa por repensar el modo de construcción de las teorías, enfatizando los aspectos técnicos de la teorización, a tal punto que el autor reconoce: “...por consiguiente, los procesos de construcción teórica y de medición no pueden ser vistos como distintivamente diferentes” (Blalock, 1982, p. 25).

Hay aquí una idea estrecha de teoría, puesto que más allá de esos supuestos técnicos, la teoría “principal” queda reducida sólo a una teoría intuitiva que ayuda a especificar las variables claves de una investigación social y a hipotetizar una pauta de relaciones entre ellas.

La propuesta de Blalock tiene algunas presuposiciones generales, que el autor no explicita, aunque la lógica de su propia argumentación lo requeriría. Ray Pawson las sintetiza de este modo. Primero, la creencia que todas las propiedades o características son medibles, ya sea directa o indirectamente, en un mundo que todos experimentamos de igual manera y sobre el cual podemos entonces compartir un conocimiento inequívoco. Segundo, la creencia que cada variable teórica está reflejada en indicadores empíricos, y que si hay cambio en la variable teórica también habrá cambio en los indicadores empíricos. (Véase, Pawson, 1989, esp. pp. 60-63.)

Cuando el término “variable” se usa indistintamente para referirse a las nociones teóricas y a los indicadores empíricos, lo que es habitual en la metodología de la investigación social cuantitativa, estas mismas presuposiciones están presentes, como se advierte en la obra de otros autores (véase, por ejemplo, Borgatta y Bohrnstedt, 1981, esp. cap. 1).

¿Cuál es la importancia de estas presuposiciones para el tema que interesa examinar en la propuesta de Blalock? Que ellas sustentan la idea que nociones teóricas e indicadores empíricos tienen una equivalencia intrínseca que sólo hay que buscar, y que puede buscarse partiendo de cualquiera de los dos ángulos.

Al manejar una concepción limitada de teoría, no hay nada en ella que proporcione orientación para seleccionar los indicadores empíricos. Por el contrario, se hace factible que esa teoría intuitiva se conforme sólo a partir de la conjunción de elementos derivados de la estrategia de medición elegida: los indicadores disponibles y las decisiones técnicas contenidas en la teoría auxiliar de la medición.

En otras palabras, no es que se carezca de criterios para seleccionar indicadores, sino que tales criterios no nacen desde el polo de la teoría, sino de fuentes que están al otro extremo, en el polo de la operación de medición.

Así por ejemplo, podrían buscarse indicadores que estén planteados al nivel de medición más elevado posible —que superen a los niveles nominal y ordinal—, o indicadores que tengan una fuerte interrelación entre sí —consistencia. Naturalmente, indicadores seleccionados según esos criterios tienen importantes ventajas en el contexto de la operación de medición, pero no hay en ese caso aportes desde la teoría propiamente tal en la determinación de criterios de selección.

Una sencilla ilustración puede aclarar todavía más lo que se está sosteniendo. Si, en el análisis de una situación social, se quisiera incorporar la característica o propiedad “educación de las personas”, el investigador podría, incluso distinguiendo entre conceptos teóricos e indicadores empíricos, elaborar definiciones teóricas coincidentes con la disponibilidad de indicadores técnicamente apropiados. El indicador más a la mano, “años de escolaridad cumplidos por una persona”, tiene la ventaja de estar en un buen nivel de medición (de intervalos, lo que permite utilizar determinadas herramientas estadísticas que no podrían usarse en niveles inferiores). La disponibilidad de un indicador como éste, conveniente desde el punto de vista de la medición, podría afectar el modo en que se defina la educación en cuanto concepto teórico, obteniendo entonces una satisfactoria validez del instrumento de medida —no podría ser de otra manera. Desde luego, para definir la educación como una noción teórica significativa para la investigación social, debería contemplarse seguramente la cantidad y la calidad de los conocimientos adquiridos por las personas, lo que trasciende ampliamente al indicador básico antes mencionado (años de escolaridad). Pero eso requeriría orientaciones provenientes de una teoría con un contenido más rico que el que Blalock parece dispuesto a conceder cuando hace a las “teorías auxiliares de la medición” el centro de las decisiones para la selección de los indicadores empíricos que expresarán las nociones teóricas.

Si la función de la teoría se entiende limitada a hipotetizar pautas de relaciones o secuencias empíricas, sin prestar mayor atención al modo en que conceptos teóricos significativos puedan intervenir efectivamente en la selección de los indicadores empíricos, es fácil que sean criterios derivados de las necesidades de la operación de medición los que determinen las definiciones teóricas.

Las “teorías auxiliares de la medición” no enfatizan aspectos teóricos sino tecnológicos, y su acción puede ser en definitiva tendiente a permitir una subrepticia determinación de las definiciones teóricas por los criterios nacidos de las necesidades de medición. Por cierto, la supuesta validez que se logra en ese caso, es mera consecuencia de la contaminación indicada.

En suma, el llamado de Blalock a ocuparse con mayor rigurosidad de la teoriza-

ción, es sólo aparente. Realmente su posición parece ser la que indica inadvertidamente en el propio título de su mensaje, “medición y conceptualización”, en ese mismo orden. Sienta así las bases de un neooperacionalismo, por cierto más sofisticado que el operacionalismo ingenuo que critica en sus obras iniciales (Blalock, 1968, esp. pp. 7-9); pero que al retirar el velo distractor de las “teorías auxiliares de la medición”, no aparece tan distinto del anterior.

## REFERENCIAS

- Blalock, Hubert (1968), *Methodology in Social Research*, New York: Mc Graw-Hill.
- Blalock, Hubert (1979), “Measurement and conceptualization problems: the major obstacle to integrating theory and research”, *American Sociological Review*; vol. 44, pp. 881-894.
- Blalock, Hubert (1982), *Conceptualization and measurement in the social sciences*, London: Sage Pub.
- Borgatta, Edgar; George Bohrnstedt (1981), *Social measurement: Current issues*, London: Sage Pub.
- Bridgman, Percy (1927), *The logic of modern physics*, New York: Macmillan.
- Carnap, Rudolf (1956), “The methodological character of theoretical concepts”. En Herbert Feigl y Michael Scriven (eds.), *The foundations of science*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Echeverría, Javier (1989), *Introducción a la metodología de la ciencia: La Filosofía de la Ciencia en el siglo XX*, Barcelona: Barcanova.
- Guttman, Louis (1950), “The problem of attitude and opinion measurement”. En Samuel Stouffer *et al.*, *Measurement and prediction*, New Jersey: Princeton University Press.
- Lazarsfeld, Paul (1958), “Evidence and inference in social research”, *Daedalus*, vol.87, pp. 99-130.
- Merton, Robert (1949), *Social theory and social structure*, Illinois: The Free Press.
- Nagel, Ernest (1961), *The structure of science*, New York: Harcourt, Brace.
- Pawson, Ray (1989), *A measure for measures*, London: Routledge.
- Sewell, William (1956), “Some observations on theory testing”, *Rural Sociology*; vol. 21, pp. 1-12.
- Stouffer, Samuel (1962), *Social research to test ideas*, Illinois: The Free Press.
- Zetterberg, Hans (1954), *On theory and verification in sociology*; New Jersey: Bedminster Press.